

BUENOS AIRES. UN TREN SOBRE LOS TECHOS

bre. Este hombre es Don Nicolás Mihanovich, que bien puede ostentar el título de «Rey de los ríos», á semejanza de los capitanes de la industria norteamericana, que toman la investidura de reyes del petróleo, del acero, de los ferrocarriles, etc.

Todos los vapores que hacen diariamente el servicio de Buenos Aires á Montevideo, los que remontan el Uruguay hasta Concordia y los que suben el Paraná hasta Asunción, en un viaje que casi representa la mitad de la travesía á Europa, ostentan en sus chimeneas una enorme *M*. Son los más de ellos palacios flotantes, con amplios salones, cómodos dormitorios y lujosos comedores. Trescientas embarcaciones de diverso tonelaje pasean la inicial de Mihanovich por el río de la Plata, el Uruguay, el Paraná y los puertos oceánicos del Sud argentino. No creo que exista en el mundo una compañía de navegación con tantos buques como la casa Mihanovich. Este hombre es un exponente de la prosperidad argentina y de los milagros que pueden realizar la tenacidad y el trabajo.

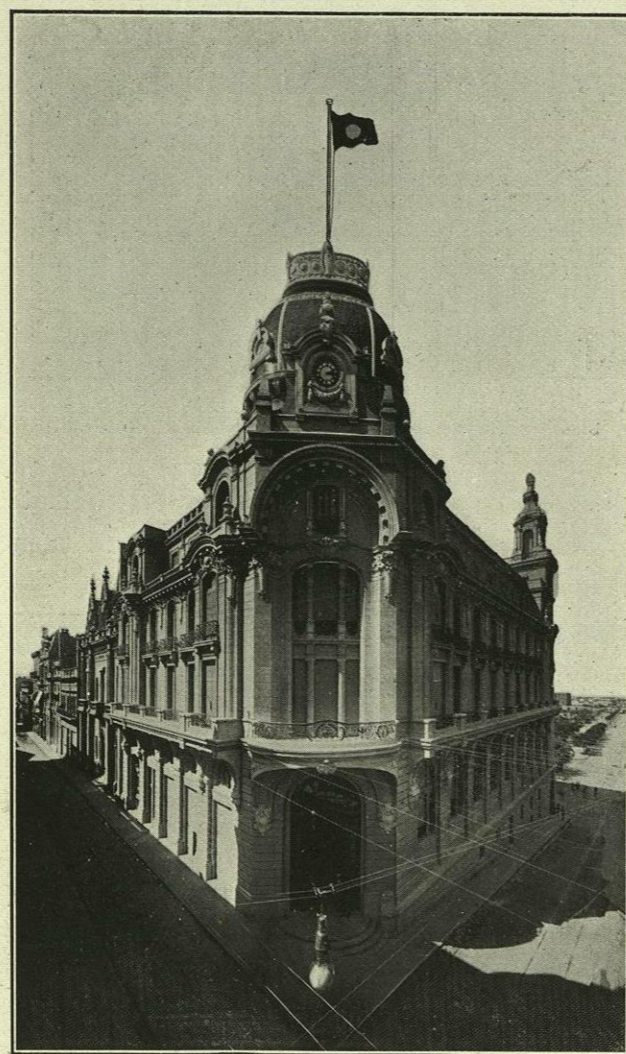
Alto, fornido, de hercúleas espaldas, grave en el trato de los negocios y alegre y bondadoso en su vida ordinaria, se advina al hablar con él la presencia de una fuerza poderosa y reconcentrada. Este antiguo mariner, dueño de una flota enorme,

el polvo entenebrece el interior de los vagones, en pleno día, como si fuese niebla, y exteriormente apenas deja entrever el paisaje detrás de una cortina roja y ondulante.

* * *

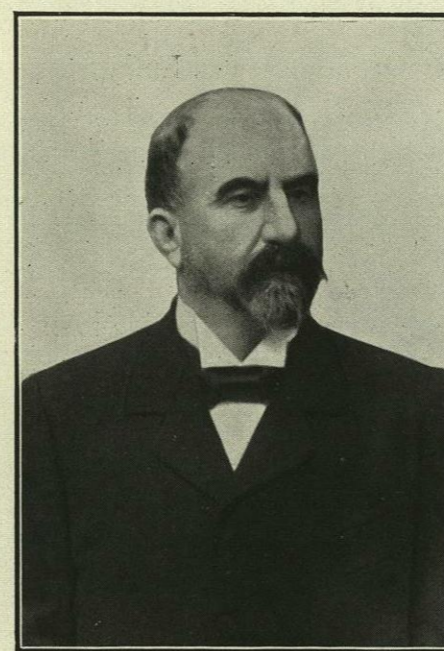
La navegación fluvial tiene casi tanta importancia como el ferrocarril en esta República de grandes ríos.

Las vías férreas pertenecen al Estado y á compañías extranjeras. El tráfico acuático se halla casi todo él concentrado en una empresa que representa un solo hombre.



PALACIO DE LA COMPAÑÍA DE VAPORES MIHANOVICH

tiene una vida de novela que hace recordar la del simpático protagonista de *El Nabab*. Ha subido desde abajo á los esplendores de la fortuna; es, como el héroe de Daudet, afable y fuerte; pero Mihanovich no se retira de los negocios como el otro, ni siente el deslumbramiento de las riquezas. Nació en Dalmacia, tierra de audaces marineros, que dió á la República de Venecia sus mejores navegantes, y á la moderna Austria las tripulaciones vencedoras en la batalla de Lisa. En un buque de vela, propiedad de un tío suyo, navegó por el Mediterráneo y el Mar Negro, llegando en sus viajes atlánticos hasta los puertos ingleses. Un día en Cardiff se embarcó en una fragata que hacía velas para el Pacífico. ¡América! ¡Eterna esperanza! . . . Desembarcó en Montevideo; pero como la Suerte no salió á su encuentro para darle la bienvenida, algo desesperanzado, tras una espera de veinte días, avanzó río adentro, no deteniéndose hasta el Paraguay. Esto era en 1866: estalló la guerra entre Solano López y los Gobiernos del Brasil, Uruguay y Argentina: la peor ocasión para un hombre ansioso de abrirse camino por medio del trabajo.

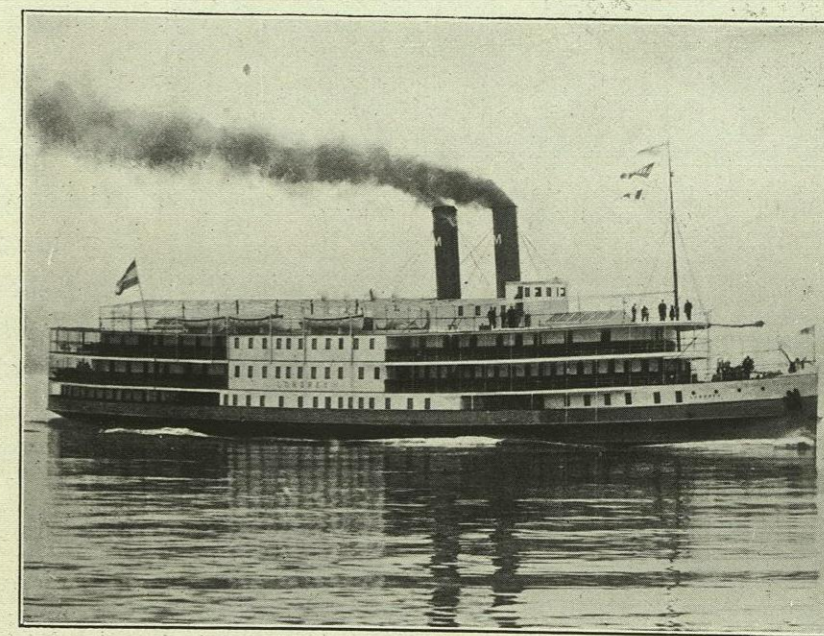


DON NICOLÁS MIHANOVICH

Al terminar la guerra, Mihanovich emprendió el viaje de regreso, casi tan pobre como á la llegada. Quería volver á su país: América no tenía para él lo que había

dado á otros. Se detuvo algunos días en Buenos Aires, y entonces, con su mirada experta de hombre de negocios, adivinó la futura grandeza de la ciudad y lo que representaría en el porvenir el tráfico fluvial. El río, el enorme río de la Plata, iba á ser su asociado. Como modesto funcionario de una casa dedicada al transporte de viajeros, trabajó algún tiempo en esta labor en extremo penosa, pues Buenos Aires carecía entonces de puerto. Ahorró algún dinero, y con él y las simpatías que le proporcionaron su laboriosidad y su competencia, se atrevió en 1875 á realizar por cuenta propia el citado servicio, con dos vaporcitos arrendados. Esta fué la base de su fortuna.

Al poco tiempo adquiría un vapor en propiedad, el *Feliz Esperanza*, título profético; agrandó su pequeña flota con nuevos barcos, y en 1876 ya pudo abrir un escritorio en la calle Cangallo, sin más agente para servir al público que su amigo Don Luis Laverello. El pobre despacho de antaño es ahora un palacio que alberga á la gran empresa marítima de Mihanovich, con más de un centenar de



UN VAPOR FLUVIAL DE MIHANOVICH

funcionarios. El éxito ha sido continuo y creciente durante treinta y cinco años. El antiguo marinero dálmata, próximo á regresar desesperanzado á Europa, es hoy el «Rey de los ríos» de Sud-América.

Mucho le ha ayudado la prosperidad del país; pero también justifican este éxito asombroso sus condiciones personales y su trabajo. El rico armador ha sido antes modesto marinero: sabe mandar, porque comenzó haciéndolo todo con sus propias manos. En la actualidad abandona siempre que es necesario su palacio lujoso y baja al puerto especial, en el



QUINTA MIHANOVICH EN BELGRANO

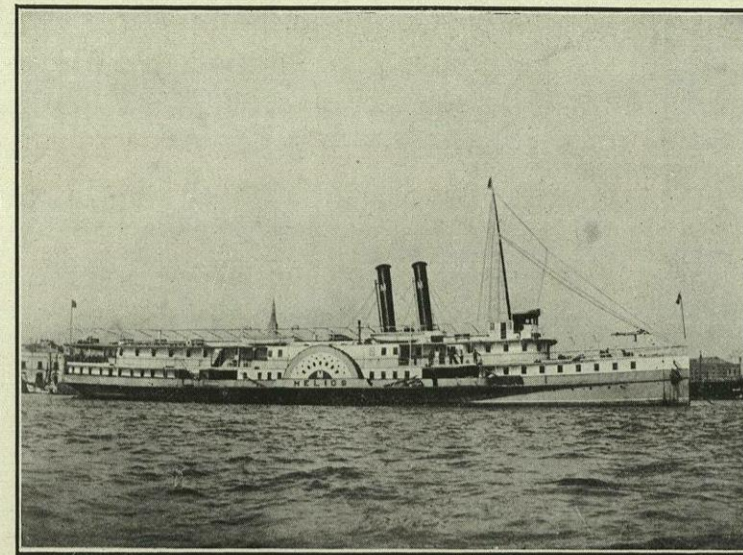
que está anclada su flota, examinando de cerca los servicios. Duerme poco, trabaja continuamente y su actividad abarca toda clase de explotaciones, además de la navegación. En el seno de su familia goza de una buena suerte, poco frecuente en los favoritos de la fortuna. Sus hijos han salido tan laboriosos como él y colaboran en sus empresas, continuándolas.

Mihanovich fué uno de los adivinos de la grandeza argentina. Cuando alquiló y dirigió sus primeros vaporcitos tuvo una visión clara de lo que iba á ser este país. Su compañía de buques pasea la bandera celeste y blanca por las costas del Atlántico, el Plata y sus afluentes. Él representa la mayor parte de la marina mercante de la República. El material de su empresa de navegación vale más de 25 millones de pesos.

No se funda una nueva empresa industrial que no busque el apoyo del «Rey de los ríos». Es presidente de compañías de seguros, de empresas de frigoríficos, molinos y quebrachales, y ha creado varias colonias agrícolas. Enormemente rico, con un prestigio firme en el mercado, objeto de admiración y de consulta entre los hombres de negocios, el honor que más aprecia es su título de cónsul de Austria-Hungría en Buenos Aires. Recientemente el Gobierno austriaco ha conferido un título nobiliario á este dálmata valeroso y emprendedor, que reproduce en el nuevo continente las glorias comerciales de los antiguos mareantes del Adriático.

* * *

En cada país sobresale una profesión, que es como el resumen de la energía nacional. En Inglaterra hay que ser marino, en Alemania guerrero, en los pueblos latinos artista y en la Argentina colonizador.



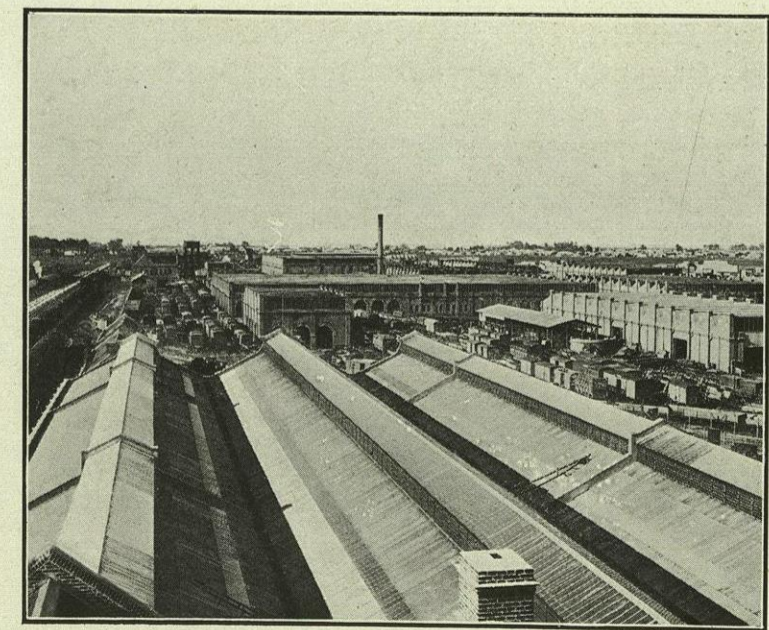
UN VAPOR FLUVIAL DE MIHANOVICH

Ya no hay guerras, afortunadamente, que turben la paz interna de la República; ya no se alcanza gloria y posición social cabalgando por los llanos con la lanza en ristre; los militares del día no intervienen para nada en la política del país. Y en este ambiente calmoso de trabajo, el único medio de ilustrar el propio nombre (aparte de la celebridad momentánea que proporciona la política), es la colonización del territorio, la conquista de un pedazo de desierto, anexionándolo á la producción nacional.

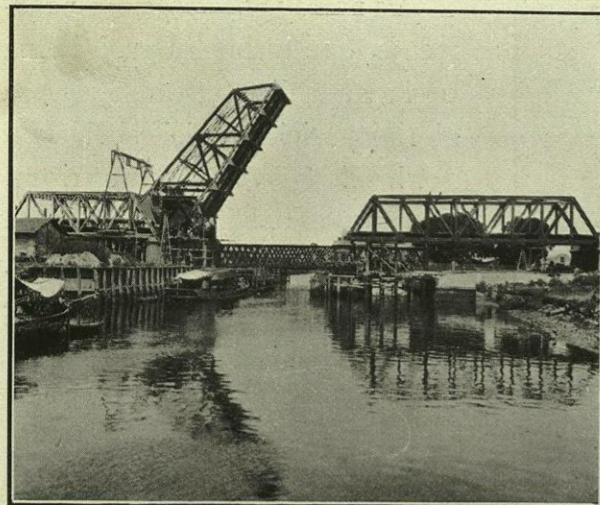
Los colonizadores equivalen á una aristocracia en el ambiente democrático argentino. El público siente una instintiva simpatía hacia estos nobles aventureros de la civilización, que dedican vida y fortuna á las empresas pobladoras. Un nimbo de indiscutible respeto circunda el nombre de los que abren un canal, construyen un ferrocarril, crean nuevos pueblos, ó arañan y desmenuzan agrícolamente una extensión de suelo. Son los grandes capitanes, los conquistadores gloriosos de la nueva Historia argentina. Muchos hombres públicos, al ver flaquear su prestigio y en peligro su nombre por los azares de la política, se retiran al campo, dedicándose á empresas colonizadoras. Al poco tiempo su popularidad está rehecha con una solidez mayor que antes. Crear pueblos y campos vale más en esta República que fabricar leyes y libros. Las leyes, al confundirse en el tesoro jurídico nacional, pierden el nombre de su autor, y la generación siguiente, que goza de sus beneficios, ignora cuándo se redactaron y por quién. Los libros se hunden en el olvido.

La popularidad del colonizador es menos brillante y difundida que la del político, pero queda para siempre en las tierras que sirvieron de escenario á sus esfuerzos. En mis correrías

por la República he encontrado nombres de criollos, de españoles y de italianos, mencionados con veneración por todas las personas de una localidad. Escuchábalos yo por vez primera, pero aquellas buenas gentes los repetían como si evocasen el recuerdo de los hombres más grandes que han figurado en la Historia. Todo es relativo en la tierra. Un grupo humano puede vivir y producir considerables cosechas en medio de la pampa, sin conocer los nombres de Shakespeare ó Víctor Hugo, de Newton ó Pasteur. En cambio, recuerda con admiración al que hizo



TALLERES DEL FERROCARRIL DEL SUD



BUENOS AIRES. PUENTE LEVADIZO DEL FERROCARRIL DEL SUR, SOBRE EL RIACHUELO

el canal que riega sus huertas, abrió el ferrocarril que da salida á sus productos ó estableció el primer alambrado. Un ministro goza seguramente de mayor celebridad en Buenos Aires cuando ocupa este cargo; pero su nombre se extingue al poco tiempo, mientras que el del colonizador se agranda, con el curso de los años, en el país que recibió sus beneficios, y á veces llega á extenderse á toda la nación.

En el presente son muchos los hombres de importancia que abandonan la vida de la ciudad y las posiciones políticas para hacerse colonizadores. Al mismo tiempo que se labran con esto una honrada fortuna, sirven

directamente á la grandeza de su país, mucho más que pronunciando discursos. Un amigo mío, escritor y abogado notable, el diputado nacional Don Juan Antonio Argerich, ha abandonado la política, para dedicar inteligencia y energía á una población creada por él en las inmediaciones de Bahía Blanca, y que lleva su nombre. Antiguos funcionarios de importancia renuncian sus empleos, para establecerse agrícolaemente en las márgenes del río Negro y el Colorado. El colonizador es el verdadero héroe de esta democracia.

Recuerdo la simpática impresión que me produjo, cuando estaba yo recién llegado á Buenos Aires, una tarjeta de visita. Había recibido muchas, de ilustres doctores y personajes políticos. Esta era muy simple: «Rafael Escriña, *Colonizador*.» El título de colonizador resume para mí todas las glorias del país.

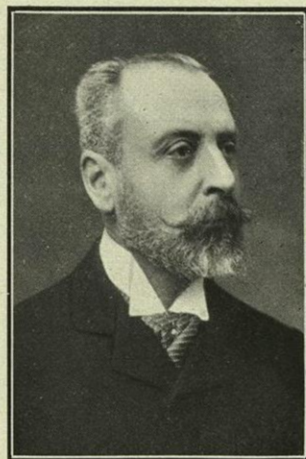
Fundar colonias en Argentina da tanta nobleza como haber ganado hace siglos batallas en Europa de las que nadie se acuerda.

Don Rafael Escriña es un español de larga residencia en la República, emparentado con distinguidas familias por su casamiento con una dama argentina. Su energía creadora resulta admirable. Llegado á Buenos Aires en 1873 para establecer un negocio de banca por encargo de una casa española, torció el rumbo de su vida, dedicándose al campo. Este colonizador incansable lleva fundados unos treinta pueblos, algunos de ellos prósperos y muy importantes. Los que movemos un mundo imaginario en nuestros libros, sentimos cierta envidia al considerar la obra de estos artistas positivos, creadores de grupos humanos dentro de la realidad.

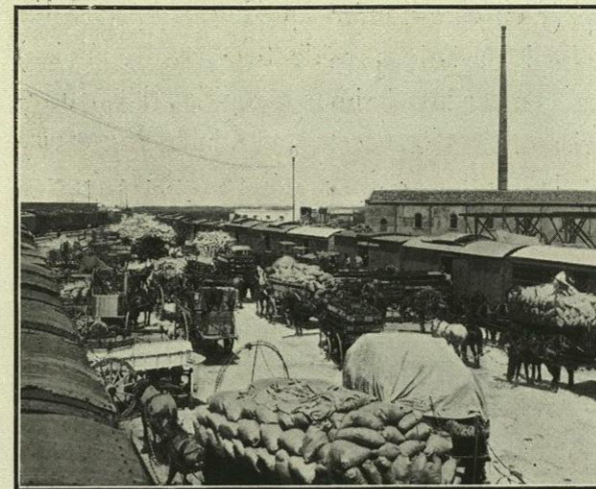
Luego de ser estanciero en la provincia de Buenos Aires, fundó cuatro colonias en la de Santa Fe y dos en la de Córdoba. Al tras-



PUENTE SOBRE EL RIACHUELO, VISTO INTERIORMENTE



DON RAFAEL ESCRINA



LA DESCARGA EN UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

ladarse á Entre Ríos colonizó más de cuarenta leguas cuadradas de ricos campos, creando varios pueblos, entre ellos Valvanera, Santa Clara, Escriña, Domínguez y Santa Ana. Algunos de ellos son centros de intensa vida. Además de estas fundaciones de colonizador por cuenta propia, ha creado otros grupos urbanos. Encargado de adquirir terrenos para el ferrocarril de Córdoba á Rosario, compraba un área suficiente, en las cercanías de cada estación, para dedicarla á un nuevo pueblo. Delineaba y amojonaba las manzanas, marcaba bulevares y plazas, reservaba solares para los edificios públicos, regalán-

dolos al Estado, y al anunciarse la venta pública de los terrenos, nunca faltaban compradores y pobladores. Así fué creando pueblos en el desierto.

Veintitrés poblaciones de alguna importancia lleva fundadas el colonizador Don Rafael Escriña. Después de este trabajo, bien puede un hombre alabarse de no haber perdido el tiempo.

* * *

Cada nación de Europa ha aportado su actividad á la República Argentina, en cuyo seno se vuelcan todas las razas del viejo continente. Pueblos europeos apenas conocidos, que hace siglos desaparecieron como entidades políticas, tienen sus colonias en este país, agrupadas por las afinidades de origen y el venerable idioma común.

Los otomanos del Asia Menor son cada vez más numerosos. Sirios y armenios llenan todo un barrio de Buenos Aires, dedicándose á varias industrias. Muchos de sus compatriotas ejercen el comercio ambulante, pasando de un territorio á otro en lentos viajes, que duran meses y meses. Los más ricos guardan sus mercancías en un vagón, tirado por caballos, que les sirve de tienda. Los pobres las llevan á la espalda en pesados paquetes, y así se lanzan por las llanuras para ofrecer sus géneros en los ranchos aislados. Estos vagabundos, que no temen la soledad, son víctimas de los bandoleros que aun existen en ciertos territorios pocos civilizados. De vez en cuando publican los periódicos la relación del asesinato de una familia de mercaderes *turcos*. Los tur-



BUENOS AIRES. AVENIDA ALVEAR